

los que le imponía respecto de los lombardos la sentencia arbitral de los cremoneses. Entonces hubo de asaltarle el temor de que la paz con la Iglesia le ligaría de tal suerte para el porvenir que le imposibilitaría quizás de conseguir los fines que se había propuesto. Por eso estuvo meditando durante mucho tiempo el asunto antes de convencerse de que no le quedaba más recurso que reconocer al pontífice. El verano de 1176 transcurrió sin que llegara a decidirse, hasta que en octubre se declaró dispuesto a entrar en negociaciones con Alejandro III.

Entonces, Wichmann de Magdeburgo, Cristian de Maguncia y Conrado de Worms se dirigieron á Anagni, donde se hallaba el papa, el cual les manifestó que no podía firmar la paz sino en unión de sus aliados los lombardos, los normandos y los griegos. De entenderse esta declaración al pie de la letra, la situación del emperador era desesperada, pero cabía poner en duda la severidad de la manifestación del pontífice, pues á pesar de ella la curia entabló negociaciones con los embajadores imperiales para concertar las bases de la paz entre la Iglesia y el imperio. No sabemos hasta qué punto se llegó materialmente á un acuerdo, pero es positivo que se convinieron las fórmulas según las cuales había de negociarse la paz general. Para ello se dispuso celebrar un congreso en Venecia ó en Rávena; el emperador se comprometió á hacer respetar la seguridad de cuantos á él asistieran y á suspender la lucha hasta tres meses después de terminadas las tareas del congreso, en el supuesto de que no dieran resultado.

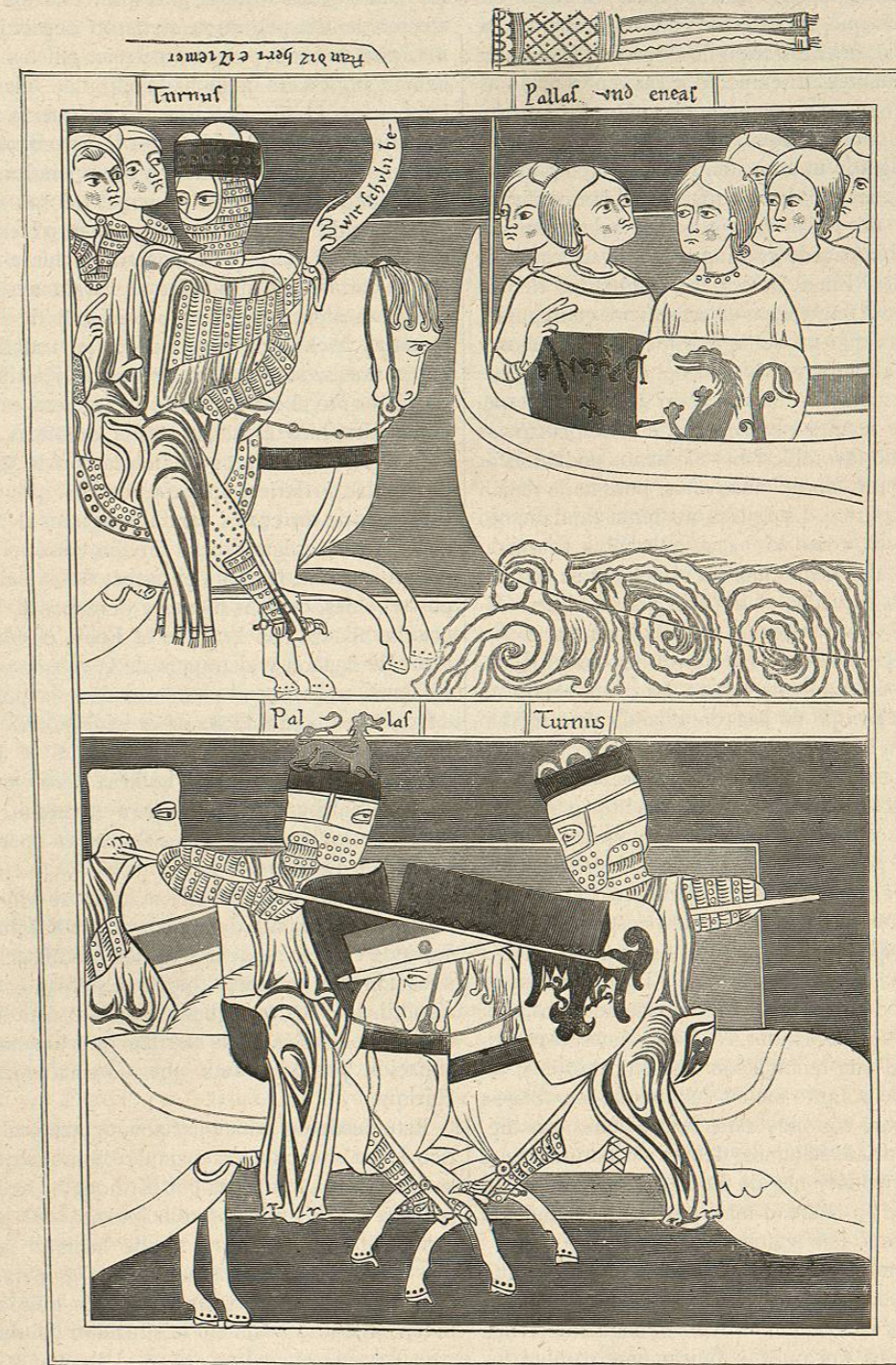
Estas negociaciones demostraron al emperador que la curia podía, en caso necesario, firmar la paz sin los lombardos, y este convencimiento fué el que presidió en el ánimo de Federico, durante las posteriores negociaciones, aun cuando con ello, lejos de estar de acuerdo con los príncipes de la Iglesia, no hacía más que seguir, á sus espaldas, el camino que se había trazado. Los lombardos notaron la contradicción que existía entre las primeras declaraciones de la curia, que respondían á la más perfecta lealtad, y el hecho de que pusiera de acuerdo, aunque temporalmente, con el emperador. Los jefes de la alianza estaban consternados, pues este comienzo les inspiraba los más serios temores para el porvenir, y las seguridades que daban los embajadores pontificios no les tranquilizaban, siendo consideradas como simples excusas destinadas á velar por algún tiempo la proyectada separación definitiva de la curia romana de la alianza. El emperador vió, por este motivo, abrirse nuevos horizontes á su acción diplomática y pudo esperar eludir el mandato de paz de la Iglesia alemana ó excluir á los lombardos del convenio. Por de pronto, utilizó la consternación de estos para hacer que algunas ciudades se separaran de la alianza y firmaran paces particulares, como así lo consiguió respecto de Cremona y de Tortona. Estos éxitos le animaron á persistir cada vez más en su política de contemporalización y aplazamientos; así es que comenzó por no admitir la designación que los mediadores hicieron de Bolonia como punto para celebrarse el congreso, pretextando que esta ciudad se le había mostrado especialmente hostil, por cuya razón Cristian de Maguncia había tenido que castigarla severamente en otro tiempo. Los lombardos insistieron en que había de ser esta ciudad el punto de reunión, creyendo que esta cuestión previa haría fracasar el congreso de paz. Alejandro III, —que á fines de marzo de 1177 había llegado á Venecia con el colegio de cardenales y con un brillante séquito, mientras el emperador permanecía en Rávena,—no podía naturalmente consentir en tal fracaso; así es que, á instancias suyas, los plenipotenciarios de las tres partes se reunieron, el 10 de abril, en Ferrara para tener una entrevista previa y ponerse de acuerdo respecto del lugar en que

debía celebrarse el congreso. El hecho de trasladarse el mismo papa de Venecia á Ferrara demuestra cuánta importancia tenía para él esta cuestión y lo mucho que deseaba vencer el descontento de los lombardos. Para ello dirigió un discurso solemne á sus embajadores, declarando que no había aceptado la paz con que le brindaba el emperador para que los lombardos, sus compañeros en los tiempos de desgracia, pudieran participar de la alegría del triunfo definitivo. A esto contestaron los lombardos recordando con mal humor todos sus padecimientos por la Iglesia en su lucha con el emperador, comparados con los cuales eran muy poca cosa los que habían experimentado Alejandro y la Iglesia; añadieron que también ellos estaban dispuestos á llegar á un arreglo con el emperador, pero no sin conservar incólume la libertad que de sus mayores habían heredado, pues siempre habían preferido morir con gloria á vivir reducidos á la esclavitud. Como los delegados imperiales declararon que tenían también poderes para negociar con los lombardos y con Sicilia, pudo llegarse por fin á un acuerdo respecto del lugar en que debía celebrarse el congreso, resultando elegida la ciudad de Venecia, á donde se dirigieron los plenipotenciarios. El emperador debía, en tanto, permanecer en Rávena, pudiendo luego pasar á Chioggia, población situada á la entrada de las lagunas, para facilitar las negociaciones.

A pesar de esto, la paz distaba mucho de presentarse próxima; el emperador comenzó por rechazar muchas de las condiciones esenciales del tratado previo convenido en Anagni, especialmente las que se referían á la devolución de los bienes de la condesa Matilde, devolución que sus plenipotenciarios habían prometido. Federico se mostraba muy descontento de la actitud de los arzobispos y les acusaba de que atendían más al provecho de la Iglesia que al honor y á la dignidad del imperio. A espaldas de sus plenipotenciarios oficiales, y por medio de mediadores de su confianza, entabló negociaciones secretas con el papa, para influir en sus decisiones y librarse de hacer la paz con los lombardos. Por último, Federico ofreció conceder á los lombardos, —de quienes no podía en absoluto separarse el pontífice,—un armisticio de seis años y otro de cinco á los normandos, con tal que le dejaran el usufructo de los bienes de la condesa Matilde durante los cinco años siguientes, pasados los cuales se comprometía á demostrar el derecho que sobre ellos tenía. La curia rechazó este tratado. En cambio, parece que sin dificultad alguna se llegó á un acuerdo respecto de otros puntos litigiosos, especialmente en lo referente á la naturaleza propiamente eclesiástica, partiendo de la base de las discusiones previas de Anagni. Pero el emperador seguía intrigando contra sus propios mediadores, con lo cual pareció que la obra de paz iba á fracasar. Federico logró llegar á una inteligencia con el partido democrático de Venecia, á consecuencia de la cual los venecianos se sublevaron, amenazando derribar al dux Ziani y á los nobles que estaban en favor del papa y obligar al gobierno á recibir al emperador en la ciudad. Esto hubiera hecho á Federico dueño de la situación, pero la actitud enérgica de los embajadores sicilianos, que presididos por el arzobispo Romualdo de Salerno amenazaron con retirarse inmediatamente y con tomar las más duras represalias, hizo fracasar la intentada dispersión del congreso. Entonces los príncipes eclesiásticos presentaron al emperador, que cada día buscaba nuevas excusas, un ultimatum, declarando rotundamente por boca de Cristian de Maguncia que en las cosas temporales seguirían prestándole obediencia, pero que no podían reconocerle como señor de sus almas y que, por lo mismo, reconocerían desde aquel momento á Alejandro III como papa legítimo y dejarían de obedecer al ídolo nombrado por el emperador. Federico

renunció, en vista de esto, á la política de subterfugios y aplazamientos, y el día 21 de julio se declaró dispuesto á aprobar los acuerdos convenidos con el papa y á conceder á los lombardos y á los normandos un armisticio de seis y de cinco años respectivamente.

Las estipulaciones contenidas en aquella paz tenían un carácter especialmente eclesiástico; la curia dejó sin resolver las cuestiones de posesión que tanto le interesaban, como la relativa á los bienes de la condesa Matilde, único precio á cambio del cual le era dado obtener un armisticio para sus



Caballeros en el último tercio del siglo XII. — Damas en un barco.
De un manuscrito de la Eneida (?) de Enrique de Beldecke; Berlin, Biblioteca Imperial

aliados. El emperador reconoció á Alejandro III como jefe legítimo de la Iglesia; en cuanto á los obispos cismáticos, los italianos fueron entregados al papa para que decidiera de su suerte y los alemanes conservaron sus diócesis á condición de que serían consagrados por católicos ó por los que hubiesen recibido la consagración católica. De suerte que se concedió completa amnistía á Felipe de Colonia, Cristian de Maguncia, Wichmann de Magdeburgo y á los demás que

durante largos años habían defendido el cisma, los cuales pudieron volver al seno de la Iglesia católica sin que su honor ni su dignidad sufrieran el menor quebranto. Hízose, sin embargo, una excepción respecto de Halberstadt, donde el cismático Gero, violentamente instituido en otro tiempo por Enrique el Leon, tuvo que ceder su diócesis á Ulrico, á quien había desposeído de ella.

Federico, levantada la excomunión que sobre él pesaba,

pudo entrar en Venecia, donde fué recibido con regocijo y cuyos magnates laicos y religiosos, que procuraban rivalizar en lujo y esplendor, contribuyeron á herosear la fiesta de la paz, finalmente conseguida. Los que durante tanto tiempo habian sido adversarios, se reunian reconciliados y procuraban con sus demostraciones amistosas y con sus reciprocas muestras de respeto hacer olvidar los pasados malos tiempos. Sin embargo, los tratados que, robustecidos por el juramento, se hicieron en Venecia, no satisfacian los deseos de ninguna de las partes contratantes. El emperador era quien mas motivos tenia de alegrarse del resultado obtenido; los lombardos no habian sido inmediatamente incluidos en la paz, pues solo habian logrado un armisticio de seis años: sus temores en punto á la lealtad de la curia se habian confirmado, pues á pesar de todas las protestas, solemnemente hechas, la curia habia pagado con ingratitud la adhesión de sus mas fieles aliados. En definitiva, los lombardos debian aun considerar como una dicha el armisticio conseguido, pues poco faltó para que no se hiciera mención de ellos y para que quedasen aislados y á merced del emperador. ¿Qué habia de pasar transcurridos los seis años? ¿No era de esperar que entonces se reanudara la lucha en circunstancias quizás mucho mas desfavorables? Los sicilianos podian estar tranquilos con el armisticio de cinco años, pues nada tenian ya que temer de Federico. La Iglesia no tenia fundamento alguno para hacer ver, como lo hacia, que habia triunfado de Federico y que habia hecho morder el polvo á su terrible enemigo, pues en lo porvenir, el imperio podría alzarse enfrente de la Iglesia como potencia de igual categoría. Así habia tenido que reconocerlo la Iglesia misma, como lo demostraban las estipulaciones de la paz. La gran conquista que habia hecho en tiempo de Lotario, cuando este recibió en feudo del papa la herencia de la condesa Matilde, con lo cual quedó esta herencia reconocida como propiedad de la Iglesia, le habia sido arrebatada definitivamente en Anagni, á pesar de la condescendencia de los plenipotenciarios imperiales, pues si bien la curia no reconoció las pretensiones del emperador sobre aquellos bienes, abandonó el punto de vista que hasta entonces habia mantenido respecto de esta cuestion, desde el momento en que dejó esperar que podría ser resuelta por una sentencia arbitral. El papa no pudo tampoco evitar que durante el litigio permaneciera provisionalmente en poder del emperador. No habia, pues, razón alguna para hablar de una humillación del emperador y de un triunfo de la Iglesia, tanto menos cuanto que los obispos alemanes conservaban, con muy raras excepciones, sus dignidades, y en cuanto á los italianos, debian ser naturalmente atendidas las recomendaciones de Federico. Alejandro III no habia conseguido en realidad mas que verse reconocido por el emperador como jefe legítimo de la Iglesia.

Federico tenia motivos sobrados para considerar ventajosa la paz de Venecia y con su hábil política supo explotar con gran éxito la situación que se habia conquistado. Sus fines eran los mismos de antes y únicamente cambió los medios para conseguirlos, y por ellos obtuvo, sin lucha, lo que en veinte años de guerra no habia podido alcanzar.

CAPÍTULO IV

TRASFORMACION PACÍFICA DEL IMPERIO LLEVADA
Á CABO POR FEDERICO I

(1177-1190)

Cerca de veinte años habia luchado Federico I para conseguir la soberanía sobre el pontificado y sobre las ricas municipalidades lombardas; habíase visto obligado por los

principes del imperio, como en otro tiempo Enrique V, á emprender una política de paz; y á pesar de la desfavorable situación en que se encontraba, habia sabido establecer una paz, cuyas principales ventajas estaban indudablemente de su parte. Habia transformado sobre una base completamente nueva sus relaciones con Italia, sin por esto atarse las manos para lo porvenir respecto de los lombardos. Los efectos de esta política se sintieron desde luego en Alemania, pues entonces desaparecieron allí los motivos que le habian impulsado á luchar contra la Iglesia y contra los lombardos. Desde el momento en que la terminación del cisma no solo devolvió la paz á la Iglesia alemana sino que reanudó la alianza de esta con el emperador, fué menguando la preponderancia de los principes del imperio, cuyo auxilio le habia sido hasta entonces indispensable. Despues de los reinados de Lotario y de Conrado, habíase hecho imposible por mucho tiempo la política de los Otones, que buscaba en la Iglesia alemana el apoyo principal de la monarquía: la tentativa hecha por Federico con el tratado de Constanza habia fracasado ante los proyectos jerárquicos de Adriano IV y ante el mal éxito de la primera expedición que el emperador hizo á Italia. Desde entonces, cuanto mas se iban aflojando los lazos de alianza con la Iglesia, tanto mas procuraba Federico apoyarse en los principes laicos, en provecho de los cuales sacrificó algunos derechos de la monarquía para asegurarse su auxilio contra los lombardos y contra la curia. Durante el cisma, habia entregado los obispos rebeldes, con sus bienes y derechos, á los principes laicos. La alianza con Enrique el Leon, el convenio con Enrique de Austria y el tratado de la corona con Uladislao de Bohemia marcaron el comienzo de esta política, cuyo desenvolvimiento se marcó con la expulsión de Ulrico de Halberstadt, llevada á cabo por Enrique el Leon, y con el desencadenamiento de la nobleza laica contra el arzobispado de Salzburgo. Esto preparó el cambio que en la conducta de los principes eclesiásticos se operó despues de la batalla de Legnano.

El que mas directamente atacado se vió á consecuencia del restablecimiento de la alianza con la Iglesia alemana fué Enrique el Leon. Además de las modificaciones que en la situación del poderoso duque se habian verificado durante las últimas décadas, aquella alianza constituía para el poder de los Welfos una crisis terrible que amenazaba destruir la situación preponderante que obstinadamente conservaba Enrique.

Este desde un principio habia ocupado al lado de Federico I una situación excepcional: la monarquía de Federico se apoyaba en la alianza con Enrique el Leon, alianza comprada á cambio del restablecimiento del poderío welfo, y cuanto mas la monarquía tendía hácia el imperio y cuanto mas concentraba Federico sus fuerzas para la gran lucha contra el pontificado y los lombardos, tanto mas importante, independiente y régia era la situación del duque de Sajonia y de Baviera; el cual no era ya el auxiliar y el aliado de Federico, sino su representante, y con anuencia suya, aunque no por concesión expresa, ejercía derechos que propiamente solo correspondian al jefe del imperio. Federico le permitía ejercer respecto de los obispos del país situado allende el Elba las atribuciones que la Iglesia le habia conferido á él: Enrique el Leon pudo, pues, ejercer una autoridad suprema sobre los pueblos y principes eslavos, á costa de los cuales prosperaban las misiones y la colonización, invocando para ello el título de protector principal de estas. Esto se hallaba sin embargo en contradicción con los deberes que tenia como vasallo del imperio, contradicción que se hizo patente cuando dejaron de correr en armonía los intereses de Enri-

que y los del imperio. Así sucedió en definitiva. Desde la lucha de destrucción contra Milan, Enrique no habia tomado parte personalmente en las expediciones italianas de Federico: su presencia era necesaria en Alemania para contener la oposición que, desde la muerte del primer antipapa imperialista, ganaba cada día mayor terreno. Luego se encargó de proteger al imperio contra los ataques del Norte y del Este: á él se debió que Dinamarca continuara siendo feudo del imperio; pero no se contentó con lo que el rey habia hecho en Merseburgo, sino que fué árbitro en las contiendas intestinas de los daneses y de su dinastía. Enrique se aprovechó de estas atribuciones en ventaja propia y de sus territorios sajones, no solo en perjuicio de los que habian sido sometidos á él y puestos bajo su protección, sino de los intereses de sus principes y aun de los del mismo imperio. Por esto nadie le fué tan hostil como Alberto el Oso, el cual, con menos recursos pero con igual actividad y éxito, mostraba iguales tendencias conquistadoras y colonizadoras. Por la misma razón enemistóse tambien con el arzobispo Wichmann de Magdeburgo. Dinamarca á duras penas podia soportar la tutela en que el duque la tenia, y el joven rey Waldemaro se esforzó en vano por conseguir cierta libertad de acción, por lo menos respecto de los eslavos, pues la primera tentativa que con este objeto hizo le valió una dolorosa humillación. En efecto, cuando en 1167 hubo conquistado en gloriosa lucha á Rugen y la hizo tributaria suya, Enrique, á pesar de no haber tomado parte alguna en la empresa, quiso entrar en el reparto de la ganancia conseguida apoyándose en lo que se habia estipulado respecto de las conquistas hechas en comun. El rey, en un principio, se negó á acceder á su petición, pero Enrique castigó esta negativa instigando á los eslavos contra los daneses y permitiéndoles entregarse á la piratería, que hasta entonces habia sido severamente reprimida. Con esto hizo sufrir en poco tiempo tantos perjuicios á Dinamarca que su rey acabó por ceder á las exigencias que antes habia rechazado. La gran misión civilizadora que Alemania estaba desempeñando en el Norte y en el Este hizo entonces, sin obstáculos, brillantes progresos, á pesar de estar concentradas hacia años las principales fuerzas del imperio en Italia. La política imperial del gran Staufen se vió exenta de las catástrofes ante las cuales habian fracasado Oton II y Oton III, y así como la derrota de Oton II en las costas calabresas habia tenido por consecuencia el levantamiento general de los eslavos, la derrota no menos grave y decisiva sufrida por Federico en Legnano no tuvo influencia ninguna en aquellos territorios y no puso ni un momento en peligro la soberanía alemana.

La posición casi régia de Enrique el Leon, constituido en enérgico y afortunado guardador de los intereses alemanes enfrente de los daneses y de los eslavos, adquirió especial importancia por efecto del influjo que ejerció en los asuntos especiales de Sajonia. Se comprende que Enrique procurara alcanzar en las antiguas comarcas del territorio sajón la misma situación que habia logrado en los territorios eslavos recientemente conquistados y que de la misma manera que en estos investía obispos y daba feudos á condes, tratara de conseguir iguales atribuciones sobre los bienes de la Iglesia y sobre los magnates laicos en aquellos países que eran su base de operaciones para avanzar en el país de los eslavos. Pero los obispos y condes de la Sajonia oriental dependian ya directamente del imperio y no estaban dispuestos á trocar la dependencia en que estaban respecto del emperador por la del duque que, además de serles mas molesta, era de inferior categoría. La situación que allí pretendía conquistar Enrique tenía ya de hecho no solo en Baviera sino tambien en la parte occidental del ducado sajón, en Westfalia; de

suerte que el hecho de estar sus dominios cortados por los obispos y condados de la Sajonia oriental que directamente dependian del imperio, no podia menos de serle doblemente molesto. Consecuente con el plan que se habia trazado, estaba desde hacia años trabajando por que cesara tal estado de cosas y en este antagonismo insuperable tenian su origen las sublevaciones continuas, ora de grupos aislados, ora de todos los grupos de los condes sajones y las repetidas y terribles guerras civiles que devastaban la Sajonia. En 1167 se habian levantado todos los magnates sajones contra los abusos del violento duque, tomando parte principal en este movimiento no solo Alberto el Oso sino tambien Wichmann de Magdeburgo y sobre todo Reinoldo de Colonia. En situación tan crítica, el duque debió su salvación á la orden de paz que dió el emperador, el cual temia que del quebrantamiento del poder de los Welfos se resintiese su propia situación. Habiendo muerto en 1171 el mas infatigable de todos sus adversarios, el marqués Alberto, y estando ya repartidos sus territorios, Enrique se encontró en completa libertad de acción y se dedicó con mayor energía á la persecución de sus fines.

Pero ¿podia esperar que el emperador le seguiria apoyando con la misma decisión que en 1167? No, en verdad, desde el momento en que sus intereses fueron distintos y en que el emperador dejó de creer que al asegurar la preponderancia del Welfo aseguraba su propio poderío. Esta separación, en un principio casi imperceptible y luego cada día mas marcada, venia subsistiendo hacia años. No podemos decir con seguridad de dónde nació y solo nos es dado deducirlo de algunos hechos aislados. Segun parece, la política eclesiástica del emperador escandalizó tambien á Enrique el Leon, el cual se habia mantenido adicto durante muchos años al papa cismático y no habia vacilado en negarse, en Wurzburg, á prestar juramento á Alejandro III, con lo cual se habia puesto en contradicción con la política tradicional de su familia. Bajo otro punto de vista le perjudicó tambien la alianza con los cismáticos, porque en los Estados eslavos necesitaba el apoyo de la Iglesia, sin el cual no podia ni conservar por mucho tiempo lo allí conquistado, ni hacer nuevas adquisiciones. Lo que él y sus compañeros de armas luchaban por conseguir en aquellos territorios y lo que en ellos implantaron los colonizadores por él llevados, recibia de la actividad civilizadora de la Iglesia la consagración que aseguraba su existencia y prometia grandes beneficios. Enrique el Leon comenzó á comprender entonces, segun parece, la imposibilidad de seguir al emperador en su política eclesiástica, pudiendo considerarse como síntoma de su cambio la peregrinación que desde 1170 á 1172 emprendió á los Santos Lugares seguido de un fuerte ejército perfectamente equipado y siendo allí recibido con grandes honores por cristianos é infieles, que lo consideraban como uno de los principes mas poderosos. Al regresar á su patria trajo de Oriente, entre otras preciosidades, valiosas reliquias, tales como el brazo de San Blas, guardado en una artística urna y al cual fué consagrada la magnífica catedral de Brunswick, y además partículas de la Santa Cruz, preciosas telas y otros objetos, de los cuales todavia se conservan algunos en la mencionada ciudad. Esta aparatosa expedición realizada en una época en que la situación del duque parecia seriamente amenazada por la persistente oposición de los magnates sajones, daba poderosos motivos para creer que habia sido llevada á cabo con el propósito de purgar la prolongada alianza con el papa cismático. A ella pudieron tambien haber contribuido las relaciones de parentesco que por su enlace con Matilde de Inglaterra contrajo con Enrique II y con Guillermo III de Sicilia, casado con una hermana de Matilde. El orgulloso